constantemente de sus labios, y aunque procuraba mirar hacia arriba, el cielo le parecía vacío, hallando allí sólo un fantasma, incapaz de consolarle. ¿Qué hacer pues en tal situación? entregarse de lleno al estudio, para distraerse y olvidar. Esto hizo Agustín, y tomando la pluma, escribió su primer libro.

El asunto que eligió, revela la elevación de sus ideas en aquellos días, verdadera tregua en sus extravíos: quería tratar de lo bello. ¿Qué amamos nosotros más que lo bello? ¿qué busca la juventud en sus sueños? ¿adónde se dirige el anciano con los recuerdos del pasado? ¿qué pedimos á la naturaleza, al cielo, al mar, á las montañas, al hombre y al arte? ¿cuál es el suspiro de todas nuestras facultades? ¿no es siempre lo bello? Agustín entonces con los recuerdos de Platón y Cicerón, y con las bellas ideas que empezaban á ocupar su cabeza, definía, describía y pintaba lo bello, lo ideal y lo sublime.

Este libro, cuya lectura sería hoy de mucha utilidad, dándonos á conocer el espíritu de Agustín en su juventud y revelándonos el estado de su corazón al cumplir los veinticuatro años, nadie debió leerle, bajo este punto de vista, con más interés que Santa Mónica; y por lo que dice San Agustín, debemos creer que halló en su lectura bastante gozo y consuelo. Nada al menos, había

en él que pudiera herir sus creencias, nada que dejara traslucir al sectario, ocupado, como otras veces, en quitar á los demás la fe que él había perdido; y ¿quién sabe también si la belleza del estilo, la elevación de ideas y la pureza de sentimientos no fortificaron en su corazón maternal las vivísimas intuiciones y el presentimiento de que un alma de tal temple no podía permanecer mucho tiempo alejada de Dios, único bien capaz de satisfacer todas sus aspiraciones? Mas sobre este particular nos vemos precisados á simples conjeturas, porque el libro no se ha conservado: primer tallo de una elocuencia naciente, ha desaparecido como los crepúsculos que preceden á la salida del sol, de quienes nadie se acuerda, una vez que éste ha aparecido.

Al bello estudio de la poesía y del arte, que ocupaba á Agustín con frecuencia y á que, puede decirse, dedicó toda su vida, unía entonces otro estudio más austero y sublime: el de las ciencias físico-matemáticas y astronómicas. Estudiábalas con la pasión que él solía, aplicando las fuerzas de su luminoso ingenio á resolver tan difíciles problemas, encantado por las relaciones que empezaba á descubrir entre los números y el Arte, la Harmonía, la Música y la Poesía misma, y que había de desarrollar más adelante con tanta originalidad y maestría: así reanima-

ba estos estudios, engrandeciéndolos con los conocimientos generales de la Filosofía, y remontábase por el Arte, por la Poesía y la Astronomía, por la Física, por los números y todas las vías hasta Dios, á quien él descubría en la base, en el medio y en la cima de las cosas, según el profundo método de los grandes ingenios, que nadie como él debía aplicar en mayor extensión, ni con resultados más felices.

Estudiando detenida y concienzudamente las ciencias, y en particular las Físicas y Matemáticas, empezó Agustín á sentir alguna duda sobre la verdad del maniqueísmo, cosa que le hería en lo más vivo. Hecho singular y claro que iba á confirmar los presentimientos de su madre; pues no se ha de olvidar que ésta le empujaba constantemente á los estudios profundos, persuadida de que algún día la ciencia le conduciría de nuevo hacia el Dios que nunca debió dejar. Veamos cómo se realizó.

A las doctrinas que Manés enseñó sobre Dios y el alma, erróneas sin duda alguna, pero atractivas porque explicaban con novedad los problemas del destino humano, había añadido él mismo, no se sabe por qué, una multitud de cosas sobre el curso de los astros, los equinoccios, solsticios y eclipses, que decía habían sido divinamente reveladas como todo lo demás: mas estas

doctrinas, tomadas sin duda de autores antiguos y ordenadas por hombres poco peritos en ciencias astronómicas, eran ya insostenibles en muchos puntos, estando desmentidas por recientes descubrimientos y por mejores observaciones. No pudiendo Agustín ocultar su admiración, «¿quién »ha inspirado, decía, á este hombre la temeridad »de hablar de cosas que no sabía? ¿Qué confian»za puedo ya tener en él? Si en lo que me es po»sible comprobar, ha errado de este modo, ¿cómo »creer en lo que se halla fuera de mi alcance (1)?» Precisado pues, ó mejor dicho, obligado á examinar más de cerca las doctrinas de Manés, desde luego descubrió formidables objeciones.

Además de esto, hacía poco tiempo que un tal Helpidio predicó y disputó públicamente en Cartago contra los maniqueos, demostrando que su doctrina estaba en contradicción consigo misma, é igualmente con clarísimos textos del Antiguo y Nuevo Testamento: sus explicaciones (que Agustín había escuchado con atención) le causaron heridas que al principio despreció, pero que renovadas, cuando menos lo esperaba, producían en él honda ansiedad (2). Cinco años antes había abandonado la filosofía antigua, porque

(1) *Confes.*, lib. V, cap. V.
(2) *Confes.*, lib. V, cap. XI.

le ofrecía sólo un terreno movedizo sobre el cual nada cierto podía fundar; y he aquí que hoy cuando sufre, y tanta necesidad siente de hallar algo sólido en que descanse su cabeza fatigada, las doctrinas de Manés palidecen á su vez, y Agustín ve oscilar esa luz fija y soberana, que le era tan necesaria, y que por largo tiempo creyó tener en el maniqueísmo, encontrándose al presente lleno de incertidumbre.

Añadamos, para ser exactos y comprender bien esta cosa tan complicada que llamamos alma, que la necesidad de luz, de certeza y de paz que experimentaba San Agustín, no provenía solamente de las bellas condiciones de su naturaleza, sino también de lo más bajo y abyecto de su ser. Agustín se hallaba contento en este error que no molestaba sus pasiones, y deseaba instintivamente seguir profesándole; pero inquieto con la naciente vacilación, temeroso de que sus dudas pasasen adelante y de caer de nuevo en las dolorosas ansiedades que había sufrido, fué á consultar á los maniqueos. Por más que presentara sus dificultades con claridad y precisión á los que en la secta se tenían por más sabios, y que como tales ocupaban los primeros puestos, no pudo obtener las soluciones anheladas: hábiles y elocuentes cuando refutaban las doctrinas opuestas, manifestábanse extremadamente débiles cuando sostenían las suyas: semejantes, decía nuestro Santo, á los diestros cazadores que ponen sus lazos alrededor de una fuente, y para traer á ella los pájaros sedientos, desecan ó cubren con ramaje los demás manantiales, así los maniqueos creían haber hecho bastante, cuando habían refutado los sistemas opuestos al suyo.

Tratándose de espíritus vulgares, semejante sistema podía efectivamente darles resultado, pero Agustín era de entendimiento harto elevado y penetrante para no comprender cuánta debilidad ocultaba; así es que su alma, sedienta de la Verdad infinita (única que podía llenar sus deseos) no hallando sino vanas conjeturas, había empezado á inquietarse y á sufrir: reproducía sus consultas y acosaba á los maniqueos con mil problemas, pero sin obtener soluciones capaces de darle la tranquilidad que buscaba.

Para calmar un tanto la impaciencia que tenía, anunciaron sus correligionarios la próxima llegada de Fausto, Obispo, y hombre, según ellos, de gran doctrina, que refutaría victoriosamente sus objeciones, disiparía sus inquietudes, y le aclararía todo lo obscuro. Recibió Agustín con alegría esta noticia, porque deseaba confirmarse en el maniqueísmo que no ponía traba alguna á las pasiones; y entreteniendo su deseo de

llegar á la verdad, le había proporcionado algunos años de calma, nada sólida, es verdad, pero agradable (1).

Las agitaciones de Agustín no pasaron inadvertidas al ojo vigilante de su madre; todo lo había visto y observado, siguiendo su curso con satisfacción; y propensa como todas á concebir esperanzas, segura por otra parte del sueño que había tenido y de lo que sobre él se había dicho, luego que vió á Agustín intranquilo y turbado, creyóle ya convertido. Por esto se presentó ya ante el altar santo con un corazón en que la confianza había triunfado de la inquietud; pero cuando supo que debía llegar muy pronto Fausto, y que se ponderaba públicamente su fascinadora elocuencia, empezó á temblar de nuevo: las lágrimas se multiplicaron, y encerrándose y redoblando las oraciones y austeridades, esperó con la ansiedad de una madre que presiente va á decidirse la vida ó muerte de su hijo.

Llegó por fin Fausto, precedido de gran reputación: no era solamente, al decir de algunos, un orador ilustre, sino también una de esas almas nobles y bellas que se sacrifican por la verdad, abandonando padres, hijos, mujer y hasta

(1) *Confes.*, lib. V, cap. VI.—*De utilitate credendi*, cap. III.

su país, para entregarse de lleno á las fatigas del apostolado. Fausto despreciaba las riquezas y contento con el pan de cada día, no se cuidaba del siguiente; pobre, dulce, pacífico, de corazón puro y espíritu elevado y generoso, se hubiera creído feliz muriendo por la justicia (1). Esto era lo que se decía, pues, por lo demás, el tiempo se encargó de probar que no era tanta su abnegación; pero como esto se ignoraba entonces, la doble reputación de elocuencia y de virtud, atrajo al pie de su cátedra una concurrencia inmensa.

Agustín, que fué á escuchar al nuevo apóstol, quedó enamorado de él. La finura y vivísima imaginación de Fausto, el giro acertado de sus ideas, la modestia y dignidad de su continente, así como la belleza de la palabra, todo le encantó. «Confieso, escribía Agustín, que me deleitaba »en oirle, le alababa y ensalzaba como la genera»lidad, y aun mucho más (2).» Andando el tiempo oyó á San Ambrosio, pero su palabra tan pura y harmoniosa no le hizo olvidar la de Fausto. Hablando de la elocuencia del santo Obispo, se

(1) August., *in Faustum*, lib. I, cap. I, et lib. V, cap. V; *Confes.*, lib. V, cap. III et VII.

(2) «Delectabar cum multis, vel etiam præ multis laudabam ac efferebam.» *(Confes.*, lib. V, cap. VI.)

expresa en estos términos: «Deleitábame la dul-»zura y suavidad de sus sermones, que eran más »doctos y eruditos que los de Fausto; pero no »tenían ni el encanto ni la seducción que los »discursos de éste (1).» Como se ve, el peligro era inminente, mas por fortuna, Mónica estaba prevenida y oraba.

Después de la natural impresión que produce toda palabra elocuente, Agustín empezó á reflexionar y examinar. Lo primero que se le ocurrió, como efecto de sus observaciones, fué que Fausto no enseñaba nada nuevo. «Vi, dice, que »era un hombre dulce, de palabra agradable, y »que cuanto decían los demás en forma ordina-»ria lo expresaba él con gracia particular, pero »¿de qué servían á mi sed, añade, sus bellas »frases? Eran vasos preciosos, ofrecidos de muy »buena voluntad y hasta con elegancia, pero »completamente vacíos (2).» En efecto, si la pa-

(1) «Delectabar suavitate sermonis (Ambrosii), quanquam eruditioris, minus tamen hilarescentis atque mulcentis quam Fausti erat, quod attinet ad dicendi modum. Cæterum rerum ipsarum nulla comparatio.» (*Confes.*, lib. V, cap. XIII.)

(2) «Ergo ubi venit, expertus sum hominem gratum et jucundum verbis, et ea ipsa quæ illi solent dicere multo melius garrientem.. Sed quid ad meam sitim prætiosorum poculorum decentissimus ministrator?» (*Confes.*, lib. V, cap. VI.)

labra de Fausto era más brillante que la de otros maniqueos, no por eso era más sólida. Presentaba las cuestiones difíciles con más destreza, pero no las resolvía mejor; y cuando Agustín esperaba con ansiedad que afrontase las grandes dificultades que atormentaban su alma, y le veía esquivarlas con destreza ó dar sólo contestaciones de ningún valor, experimentaba un despecho que no podía contener. Quisiera interrumpirle, precisar el punto difícil y, sin tanta harmonía y gracejo, oir una respuesta luminosa que disipase sus dudas. Pero entonces, como hoy, no estaban en uso las interrupciones, y rogó á sus amigos le proporcionasen ocasión de ver á Fausto y conversar con él.

No le fué difícil obtener lo que deseaba, y en su primera visita expuso ya una de las dudas que agitaban su espíritu, viendo claramente confirmado lo que empezaba á sospechar: que Fausto no era filósofo, y en efecto, sólo había estudiado Bellas Letras, y aun éstas muy superficialmente. Conocía algunos discursos de Cicerón, ciertos tratados de Séneca, versos de varios poetas, los mejores libros de la secta, y nada más; pero como se ejercitaba en hablar, y era por naturaleza elocuente, aprendió á dar encanto á su palabra, pero nada más que encanto. Agustín, pues, salió profundamente disgustado de esta

primera entrevista; porque cuando esperaba y confiaba hallar la paz tan deseada, veía desvanecerse lo que por tanto tiempo fué el consuelo de su vida.

Queriendo hacer segunda prueba, volvió días después en busca de Fausto, y le consultó sobre un punto, no ya de Filosofía sino de ciencias. Recordarán nuestros lectores, que lo que empezó á turbar á Agustín, fué la oposición que existía entre los datos científicos y matemáticos de Manés, y las observaciones de los astrónomos romanos más exactos en sus cálculos. Los maniqueos no habían podido aclararle esta duda; pero le habían prometido que Fausto la disiparía completamente, así como las demás que le preocupaban. Algo más confiado fué ahora á Fausto, pero éste desde la primera palabra se excusó, rehusando responderle. «No era, dice San Agus»tín, de esos habladores, de quienes tanto he »sufrido y que, pretendiendo instruirme, no de»cían cosa de fundamento. Era franco y modesto »como los hombres de honor, y aunque respecto »á Dios viviese en la ceguedad, no sucedía otro »tanto con relación á sí mismo; conocía su igno»rancia, y no se avergonzó de confesármela (1).»

Esta conducta de Fausto aumentó la estima-

(1) *Confes.*, lib. V, cap. VII.

ción en que Agustín le tenía, pero también le desilusionó por completo; y pues el hombre, á quien los maniqueos presentaban como el primero y como el enviado del cielo para enseñar la verdad, no había podido aclararle sus dudas, se convenció de que ninguno llegaría jamás á disiparlas (1). «A partir de este día, continúa Agus»tín, cesaron mis esfuerzos por avanzar en la »secta y, sin romper del todo con sus secuaces, »me resigné por entonces á permanecer en ella, »esperando que una nueva luz me determinase »á otra elección más acertada. De este modo ese »Fausto, que para tantos había sido un lazo mor»tal, empezó, sin quererlo ni entenderlo, á sa»carme del en que yo me había enredado (2).»

¿A quién era debido este feliz resultado de una conferencia que tan peligrosa parecía? Aquí, como siempre, el reconocido corazón de Agustín se apresura á proclamarlo: «¡Oh Dios mío! ex»clama, si Vos no me abandonasteis en estos »críticos momentos, fué debido á que mi madre »lloraba noche y día, ofreciendo por mí en sa»crificio toda la sangre de su corazón (3).»

(1) *De utilitati credendi*, cap. VIII.

(2) «Ita ille Faustus, qui multis laqueus mortis extitit, meum quo captus eram relaxare jam cœperat, nec volens nec sciens.» (*Confes.*, lib. V, cap. VII.)

(3) «Manus tuæ, Deus meus, non deserebant animam

Debe observarse cuánta fuerza y cuánta energía va adquiriendo la palabra de Agustín, á medida que vamos avanzando en esta historia. Ya no eran lágrimas las que su madre derramaba, como en los primeros extravíos de su hijo: era sangre lo que brotaba su corazón. ¡Tan herido y maltrecho había quedado con el inminente peligro de Agustín!

Así terminó, después de nueve años, la crisis maniquea, es decir, el segundo gran peligro que corrió Agustín en sus investigaciones para hallar la verdad; pudiendo, no obstante la escasez de documentos, vislumbrarse bastante bien la conducta admirable de Santa Mónica durante estos años de terribles ansiedades. Al principio advierte á su hijo la grandeza del mal con aquel arranque de santa energía que dejamos mencionado, arrojándole de casa y prohibiéndole volver á su presencia. Luego, mientras dura la crisis, le sostiene con sus lágrimas nunca interrumpidas, con sus consejos y diarias amonestaciones; con la mediación de hombres eminentes, teólogos y Obispos, verbigracia, que le envía; con los sacrificios de humildad, abnegación y

---

meam, et de sanguine cordis matris meæ, per lacrymas ejus diebus ac noctibus, pro me sacrificabatur tibi. Et egisti mecum miris modis.» (*Confes.*, lib. V, cap. VII.)

penitencia que sin cesar ofrece á Dios; y por último, después de haberle advertido al principio de la crisis y sostenido durante ella, en la hora suprema del peligro le protege con más eficacia que nunca, y le salva haciendo una oración tan eficaz y lanzando un grito tan doloroso, que San Agustín mismo, no sabiendo cómo explicarse, le compara al de una mujer cuyo corazón chorreara sangre. ¡Revelación incomparable de lo que puede una madre, y lección elocuente de lo que está obligada á hacer!

Pero Santa Mónica no tuvo tiempo para regocijarse del feliz resultado que sus lágrimas habían alcanzado, porque á la vez recibió una carta de su hijo, que le causaba nueva inquietud; y, armándose de paciencia y fuerza, prepara el alma para pruebas mucho más dolorosas. Agustín no estaba aún dispuesto á volver al Cristianismo, ó, para expresarnos con más claridad, saliendo de la actual crisis, iba á caer en otra todavía más peligrosa de la que su madre había de sacarle también; pero desplegando mucho más celo, haciendo mayores sacrificios, multiplicando sus oraciones y con una abnegación y un amor de Dios y de su hijo tal, que va á rayar en lo heroico.